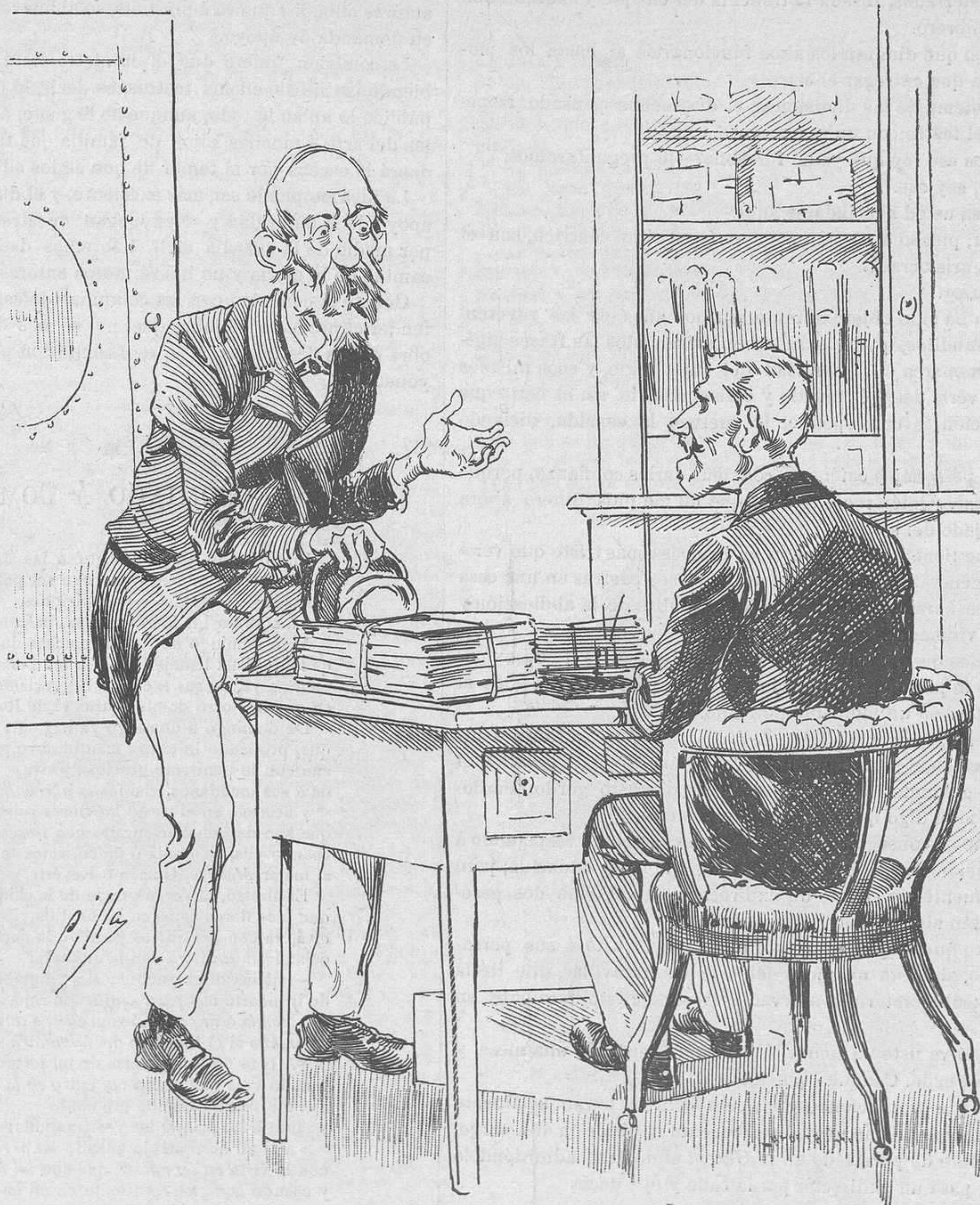




Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Una proposición.



—¿No es verdad que el sultán nos va á dar cuatro millones de duros por habernos faltado al honor?
 —Sí, señor.
 —¿Y no se puede calcular en cuatro millones de cabezas de familia las que hay en España?
 —Próximamente.
 —Bueno; pues... yo venía á ver si me podían ustedes adelantar el duro que me corresponde, porque me hace muchísima falta.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—De domingo á domingo, por Eduardo Bustillo.—Elvira-Nicolasa, por Jacinto O. Picón.—La balanza, por José Estremera.—Los chulos en el concierto, por Juan Pérez Zúñiga.—Aviso, por Siasio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Una proposición, por Cilla.—Elvira-Nicolasa (seis viñetas), por Mecachis.—La vuelta al hogar (tres viñetas).—Dolora.—Actualidades (cuatro viñetas), por Cilla.—D.^a Matilde Pretel, fotografía directa.

DE TODO UN POCO.

El cambio de ministros ha dado ocasión á varias dimisiones de altos funcionarios que disfrutaban las delicias del poder y hoy vuelven á la humilde condición de criaturas insignificantes.

No sabe el hombre cuándo es feliz ni cuándo va á dejar de serlo. Dígalo, si no, el rey Milano de Servia, que tuvo que abdicar, hace ocho ó diez años, y pasó desde el trono de sus mayores á una humilde casa de huéspedes de París donde pagaba tres pesetas de pupilaje, sin vino.

Establecida la costumbre de las abdicaciones, es posible que dentro de poco comiencen á llegar príncipes por ahí abajo, en clase de monarcas desterrados, rozada la trencilla del chaqué y abarquillada el ala del sombrero.

¡Qué mucho que dimitan los altos funcionarios si hasta los monarcas tienen que entregar el cetro!

Dado el sistema de las dimisiones, el día menos pensado tropezaremos en el teatro con un rey cesante.

—¿Usted es ese rey que ya no funciona?—le preguntaremos.

—Sí señor, soy ése.

—¿Y piensa usted avecindarse aquí?

—Sí, señor; pienso abrir una peluquería en sitio céntrico, con el auxilio de la aristocracia.

—¡Qué horror!

Hay quien ha sido objeto durante muchos años de las reverencias de sus súbditos, que celebraban entusiasmados las frases ingeniosas del monarca y la suavidad del cutis regio, y esos mismos súbditos, al verle después mustio y cariacontecido, sin el cetro que por clasificación le corresponde, le vuelven la espalda, diciendo para sí:

—Á estos personajes caídos no conviene darles confianza, porque pueden abusar. ¿Quién me dice á mí que no me pida dinero ahora que está alejado del solio?

Para el que tiene ideas de orden no hay cosa más triste que ver á un director general cesante ó á un rey de clases pasivas en una casa de huéspedes barata, comiendo las tristes judías de la abdicación y bebiendo el vino adulterado del ostracismo.

Figurémonos que es usted compañero de hospedaje de un exmonarca, y que la patrona, sin prescindir del respeto natural, dice al soberano caído, en un momento de enojo:

—Señor, sin que esto sea faltar á V. M., ¿quién se ha fumado los pitillos que estaban sobre la cómoda? En cuanto note la falta el huésped del gabinete, va V. M. á tener un disgusto gordo. Perdóneme V. M. si le digo que eso es una *gorrinería*.

Si pudiéramos conseguir que la sociedad continuara respetando á los altos funcionarios caídos, aún sería tolerable su situación; pero desgraciadamente, en cuanto un exdirector general debe dos pesetas, ya le están abroncando los acreedores.

Lo primero que se pierde en este país es el respeto á sus personajes, y si no, ahí está un mozo del café de Maravillas, que decía ayer á un exsubsecretario conservador tocándole familiarmente en el hombro:

—¡Eh! ¿Qué va usted á tomar? Está usted ocupando una mesa, y no pide usted nada. Conque... ¡andando!...

Los goces que proporciona la posición política duran solamente hasta el momento mismo en que se presenta la dimisión del cargo. Al día siguiente de publicado en la *Gaceta* el decreto admitiéndole la renuncia, pasa un exdirector por la calle y oye decir:

—¡Ahí va ésel

—¿Quién es ése?

—Uno que ha sido director de no sé qué ramo.

Pero esto no quiere decir que, si mañana me hiciesen director general, no admitiera corriendo los cincuenta mil reales.

Aunque me llamasen uno.

* * *

La solución de la crisis ha echado por tierra muchas dulces esperanzas, porque D. Práxedes había dicho á más de un contertulio, con aquella sonrisa de ángel guardián que le es propia:

—¿Quién? ¿Usted? Usted ha de llegar adonde no llegan todos, porque tiene usted talento natural y figura de ministro y excelente carácter de letra.

Así que algún caballero había escrito ya á un su amigo residente en provincias, diciéndole:

«Es posible que en la próxima combinación ministerial resulte nombrado consejero de la corona, por lo que puedes ir pensando lo que más te convenga, y si tienes algún hijo desde que no nos vemos, díme cómo se llama para hacerle diputado en segundas elecciones, antes de que me cojan la delantera los yernos futuros de nuestros correligionarios, pues he oído decir que están para casarse ocho ó nueve hijas de otros tantos personajes.»

Pero ¡nada! La mayor parte de los que esperaban ser ministros se quedaron en seco, y sabe Dios cuándo se les presentará otra ganga ú otra crisis.

* * *

Iba á hablar de teatros, pero faltan pocas horas para que comience la Semana Santa, y me debo á la meditación y al rezo.

Por esta misma causa dejo de formar parte de una comisión de autores silbados que va á presentarse al nuevo ministro de Fomento en demanda de apoyo.

La comisión quiere que el ministro dicte una real orden prohibiendo las silbas en los teatros; es decir, lo que se desea es que el público lo aplauda todo, aunque no le guste, á fin de abrir las puertas del arte á muchos hijos de familia que tienen dramas y no los dan á la escena por el temor de que se los silben.

La idea no puede ser más excelente, y el día que contemos con el apoyo de la autoridad y se expongan nuestras comedias al público por medio de la guardia civil, habremos dado un gran paso en el camino de la gloria y no habrá tantos autores en la indigencia.

Cuente la comisión con las columnas de este semanario para defender el proyecto, siempre que no se nos obligue á leer ninguna obra de las destinadas á la representación por la fuerza de las bayonetas.

Luis Taboada.

★

DE DOMINGO Á DOMINGO

En domingo de Ramos gozan las almas de las lindas doncellas que, con sus palmas, después de recibidas las bendiciones, van á adornar los hierros de sus balcones.

Y en domingo de Ramos muchas doncellas que en cristal lisonjero se ven tan bellas, piensan ya, de sus sueños á los reclamos, en que hay otro domingo tras el de Ramos.

De domingo á domingo ya hay niña franca que, probando la airosa mantilla blanca, aun con lo penitente graciosa y viva, da á sus mundanos triunfos la *alternativa*, y acaricia en el tiesto las flores rojas que han de esmaltar encajes con frescas hojas cuando ella, en grada ó palco, sufra en la *suerte* al matar *Maoliyo*, Guerra ó Reverte.

El diestro, al ver la gracia de la chiquilla que luce flores rojas en la mantilla, dirá, ya con los trastos yendo á la fiera, dejando la *jindama* con la montera:

—«¡Niña del blanco encaje, tengo el antojo de brindarte mis *pases* con trapo rojo, en redondo ó de pecho, siempre en la cara, y por alto si el bicho se me humillara.»

»A ti te ofrezco gracias de mi fortuna cuando veas que osado me entro en la cuna; á ti mi bizarría cuando me enfilo y junto á los *pitones* me ves tranquilo;

»A ti mi fiero arrojo cuando me arranco con la vista en los *rubios*, que son mi blanco, y cuando con *guapeza* triunfo en mi empeño y acabo con la vida del veragüeño.

»Todo á ti te lo ofrezco, linda rapaza, que con tu gentileza llenas la plaza... Mas la *guita* que espero del gran Bartolo, esa, niña, la guardo para mi sólo.»

Eduardo Bustillo.

★

Elvira-Nicolasa.



No recuerdo quién me contó lo siguiente. Acabábamos de cenar Elvira y yo en un gabinetito de una fonda donde le gustaba que la llevase á tomar mariscos y vino blanco. Disputando por celos, en el calor de las recriminaciones, dejé escapar una frase ofensiva: debí de decirle algo muy duro, sin duda una verdad muy grande, porque entonces, avivada su locuacidad con la injuria y suelta su lengua con el estímulo de la bebida, se recostó en el diván con provocativa indolencia y, poniéndose muy seria, repuso:

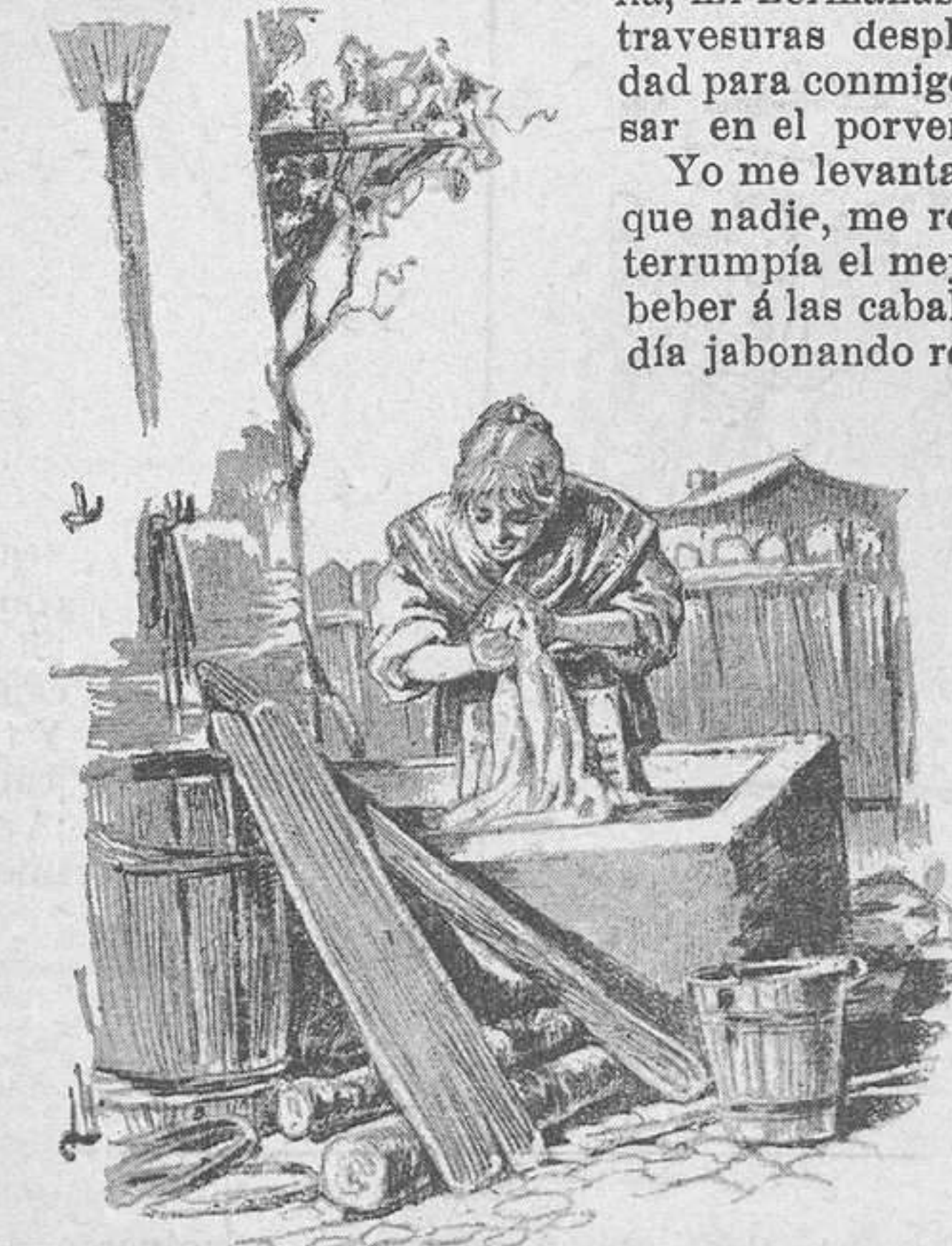
—Sí, ¿eh? ¿Tan mala crees que soy? Pues aquí donde me ves, tan coqueta, tan desalmada, tan amiga de haceros rabiar, porque todos sois iguales, y no merecé más ni menos uno que otro, tan orgullosa de haber arruinado á unos y puesto en ridículo á otros, yo, aunque no lo creas, tengo en mi vida un rasgo bueno, y tendría muchos si no hubiese sido en mi niñez tan desgraciada.

—Me creí amenazado de la eterna historia de una seducción vulgar; pero, prefiriendo oírle á verla emborracharse, me dispuse á escuchar, y ella siguió de este modo:

—Voy á contártelo. En primer lugar, yo no me llamo Elvira: mi verdadero nombre es Nicolasa. Soy de un pueblo de cerca de Madrid. A los diez y ocho años me escapé de mi casa, imaginando que peor de lo que allí estaba no había de pasarlo en ninguna parte, segura de que, por mala suerte que tuviese, con nada sufriría tanto como aguantando las impertinencias de mi hermanastra, á quien servía de niñera, siendo víctima de la grosería de mi padrastro y del mal genio de mi madre. Mientras ésta permaneció viuda de mi padre, su primer marido, llevé con paciencia su desigualdad de carácter y las consecuencias de su codicia; pero, á partir de la segunda boda, la vida se me hizo insostenible, porque además de hija sin cariño, á lo cual ya estaba acostumbrada, comencé á ser criada sin salario, lo cual me parecía el colmo de la maldad. El tío *Pelusa*, así llamaban á mi padrastro, era tan irascible y avariento como la que le había tomado por esposo.

Sin embargo, aún pasé algunos años resignada, siendo medio bestia de carga, medio puerca-cenicienta, hasta que al llegar Inesilla, mi hermanastra, á la edad de las travesuras desplegó tanta perversidad para conmigo, que comencé á pensar en el porvenir que me esperaba.

Yo me levantaba en la casa antes que nadie, me recogía la última, interrumpía el mejor sueño para dar de beber á las caballerías, pasaba todo el día jabonando ropas, midiendo semillas y trasladando fardos; en fin, me rendía á fuerza de trabajar, y todo sin una queja. Para lo que me faltó resignación fué para soportar las burlas de mal género, los impulsos de soberbia, y hasta los rasgos de perfidia que aquella mocosa discurría sólo con propósito de mortificarme. ¡Qué mala era! Sus picardías no eran trastadas de chica, sino verdaderas crueldades: el pan que yo guardaba por si tenía hambre entre horas, me lo quitaba y se lo echaba á los cerdos; á hurtadillas, cargaba el puchero de sal para que luego me regañasen; lo menos que hacía era decirme palabras feas, todo el repertorio que oía á los carreteros, y escupirme á la cara, sin que los *Pelusos*, ni la mujer ni el marido, pusieran correctivo á sus infamias.



Por fin, me harté. Un día me mandaron á la fuente con la chica, que ya tenía nueve años. La condenada fingió ir de buena gana, y á mitad de camino, escabulléndose en los portales de la plaza, se metió á jugar en el corral de unas amiguitas. Allí se estuvo tres horas largas, mientras me volvía loca buscándola. Excuso decirte lo que pasaría luego cuando, al caer la tarde, volvimos á casa cada

una por su lado. Creí que me mataban. Mi padrastro me ató á un pie derecho de los que sostenían el emparrado del patio, y estuvo hasta que se cansó dándome de varazos. Cuando me soltó me fuí al camaranchón que me servía de cuarto, no quise cenar, y me tumbé en la cama sin desnudarme. De repente oigo ruido, miro hacia arriba, y veo á Inesilla, asomada por el montante de la puerta, mirándome burlonamente, riéndose y restregándose los puños en ademán de hacerme rabiar.

—¿Por qué has hecho eso?—le pregunté.

Y con la cara muy alegre repuso:

—Porque me da mucho gusto cuando te pegan.

Desde aquel instante no pensé más que en marcharme de la casa.

Al referir esto, Elvira tenía los ojos nublados por lágrimas de ira. Yo no me atreví á interrumpir su relato, y ella siguió:

—Sí, chico, de aquella noche datan todas las barbaridades que he hecho en mi vida... y las que me quedan. Hice un lío con la poca ropa que tenía; saqué hasta treinta reales, que eran todos mis ahorros del escondrijo donde los ocultaba, antes del amanecer tomé á campo traviesa el camino de Madrid, y aquí entré por la carretera de Extremadura y la calle de Segovia. Han pasado siete años, y me acuerdo como si hubiese sido esta mañana.

—¿Y dónde fuiste?

—A casa de mi tío

Manuel. Es decir, no era tío ni casi pariente. Era sobrino segundo de mi padrastro, y yo le miraba con cierta simpatía porque las pocas veces que fué al pueblo me demostró cierta inclinación. Un día evitó que me diesen una paliza; otro día, comiendo, porque mi padrastro no me quería dar carne, él me dió la que le habían servido; y, además, otra vez que estuvo allí pocas horas, sin que lo supieran en mi casa, fué á la fuente y me regaló dos pañuelos de colores y un alfilerero de alambre plateado.

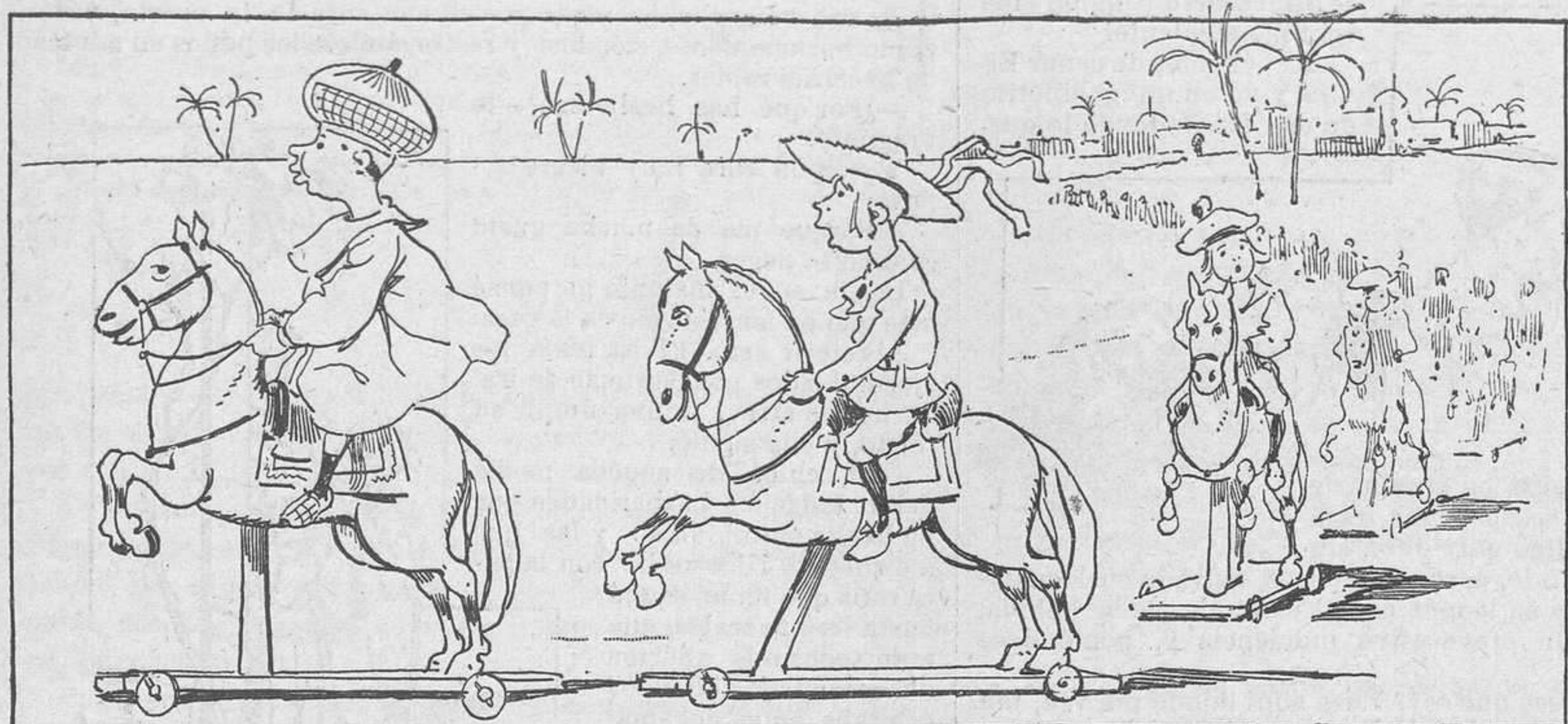
—Vamos, que le gustabas.

—Ahora lo verás.

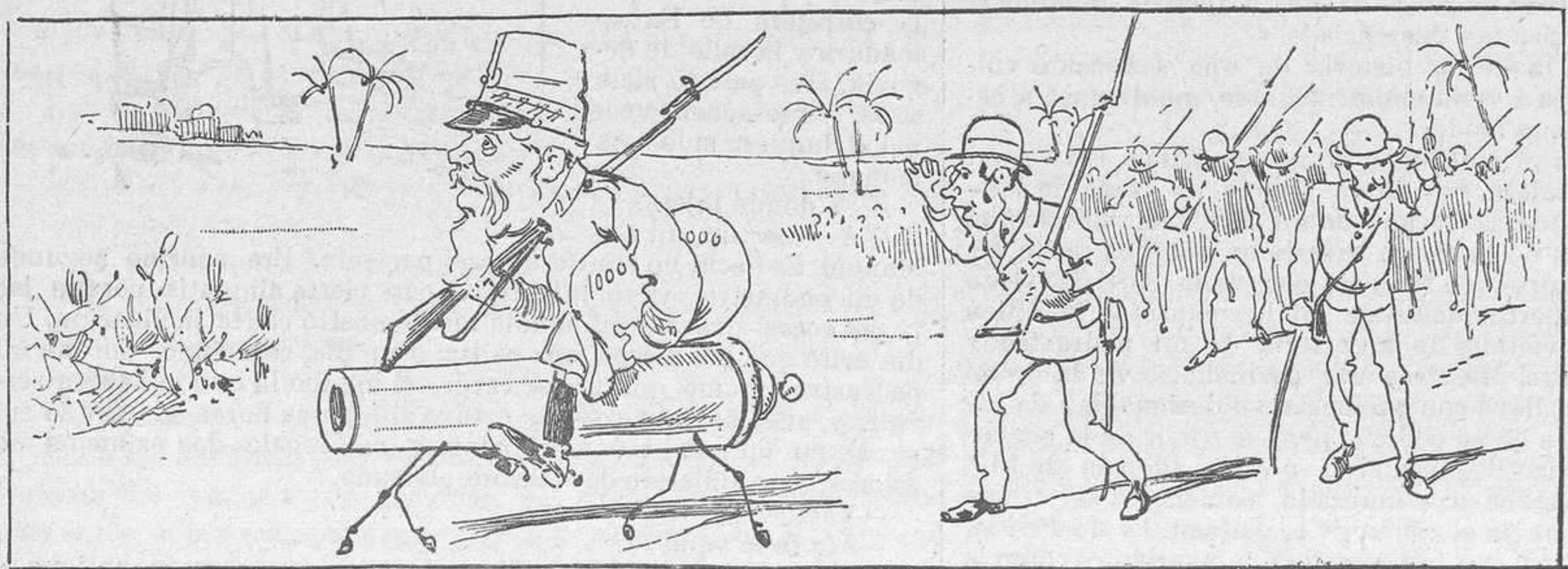
—Vivía en la calle de los Mancebos, en un caserón antiguo, y sólo con una criada vieja: allá me fuí, le conté lo que había pasado y le rogué que me ayudase á buscar casa donde servir, á lo cual repuso que haría lo que pudiese, y que pues no tenía yo dineros para



La vuelta al hogar.



«El general dice que se dividirá la embajada en tres partes. En la primera irán los jóvenes, galopando á vanguardia.»



La segunda, la de los prudentes, se compondrá del embajador, los intérpretes, los diplomáticos.



En la tercera marcharán los holgazanes y los tímidos...

(El Liberal.)

ir á la posada, me quedara allí unos días hasta encontrar colocación.
 —¿De qué edad era ese hombre? ¿Cuántos años tenías tú entonces?
 —Manuel, cuarenta; y yo, antes te lo he dicho, diez y ocho cumplidos.
 —Pues no me digas más.
 —No te has equivocado. A los dos días de estar allí, comprendí que me había metido en la boca del lobo. Pero ¿quieres decirme qué defensa tenía? ¿Qué hacer ni dónde ir? Yo, como chica de pueblo... y las de todas partes, sabía cuanto hay que saber: desde los primeros momentos conocí el peligro: lo que no veía era el modo de evitarlo.
 —¿Y qué pasó?
 —Figúrate. Ya sabes que soy aficionada á leer, que devoro novelas, que he leído hasta *Don Quijote de la Mancha*: mira, allí hay una á quien le sucedió lo que á mí. ¿Te acuerdas cuando, hablando

de sus amores, dice Dorotea, poco más ó menos: «con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido?» ¿Te acuerdas de esto? Pues igualito: Manolo con un pretexto, alejó de casa á la vieja...
 —Sí: el fué traidor y fementido, y tú dejaste de ser lo otro.
 —Claro está que aquello fué una picardía, pero luego se encariñó mucho conmigo. Yo entonces no era tan perra como ahora. Tengo la seguridad de que si aquel hombre no se muere, se casa conmigo.
 —¿Se murió?
 —A los dos años.
 —Elvira suspendió un instante su relato, hizo un esfuerzo para no llorar, como avergonzada de mostrar ternura, y continuó:
 —Suprimo detalles: morir Manuel y echarme sus hermanos de la casa, todo fué uno. Entonces comenzó esta vida arrastrada que llevo, y eso que soy de las que tienen más suerte.

Actualidades.

DORA



¡Cómo me heañado! ¡Cómo con el dolor que me da! ¡Si siempre me heañado! ¡Si siempre me heañado! Y tras un favor de él, ¡como cambió de repente! ¡Ay! el hombre inocente mientras no pudiese ser pillito.



Á pedir que me reponga voy al ministro de Hacienda. Si es Salvador, que me salve de caer en la miseria.



—Si con la embajada viniera un moro de esos que tienen tantas mujeres... Una más ¿qué le importaba?



—Á ver si con los árboles nuevos de la calle de Alcalá encuentra mejores proporciones la chica. Porque los pinos aquellos tenían *pata* verdaderamente.



—Desengáñate, Sinforiano; en lugar de ir á Vallehermoso, debíamos ir á la revolución social.
 —¡Erre!

Ponerme á oficio, y presentármelo la ocasión de dejarlo, fué obra de seis meses. Por supuesto, que para encontrar trabajo pasé las de Caín; y en cuanto quise echarme á rodar, sobró gente que me empujara. De esto ya estás enterado, y además conoces á casi todos los que han tenido algo que ver conmigo.
 Lo que no sabes tú, ni nadie, es que á los tres ó cuatro años de perderme, cuando ya tenía casa puesta, muebles míos, trajes lujosos, alhajas buenas, coche algunos meses y dos criadas que me sirvieran, todavía lo que más me sorprende es verme servida, precisamente entonces, teniendo todo esto, con lo cual no soñé jamás, chico, aunque te parezca mentira...
 —Acaba, mujer.
 —...Pues me entró una tristeza espantosa. ¿Y qué dirás que se me metió en la cabeza?
 —¿Casarte?

—No, hombre: para eso tengo aún poco dinero. Se me metió en la cabeza la idea de volver al pueblo.
 —¿Arrepentida?
 —Mira, no lo sé: unas veces creía que no; otras me parecía que sí. En realidad, lo que yo experimentaba es difícilísimo de explicar. Era una melancolía sin nombre, un deseo impregnado de tristeza...
 —Sería que se te pegase el sentimentalismo cursi de alguna novela... Si ahora mismo estás hablando como una dama de folletín.
 —No te burles de aquello: puede que sea el mejor impulso que he sentido en mi vida; y déjame acabar. Como si se me hubiese olvidado todo lo que había sufrido hasta los diez y ocho años, como si en mi casa me hubieran mimado, prescindiendo de tanto recuerdo amargo y de algunas cicatrices que tengo repartidas por el cuerpo, quise volver al pueblo, ver los lugares donde había crecido, los rin-

cones donde me escondía para llorar, la cueva donde me encerraban, el camaranchón que llamaban mi cuarto, la cuadra, las mulas, la fuente, todo aquello, en una palabra, que debía serme odioso: en



fin, comprendo que era una chifladura ridícula, pero hasta quise ver á mi madre, y á mi padrastro, y á la bribona de la niña. ¿Qué pasó por mí? como dicen en las comedias, no lo sé: pero cuando pensaba en ellos decía mentalmente *mi familia*. El mal genio de madre me parecía disculpable por los trabajos y penalidades que ocasiona una casa de labor, la brutalidad de mi padrastro se hizo menos aborrecible á mis ojos recordando que no era mi verdadero padre, y en cuanto á las crueldades de mi hermanastra... como si no hubiesen existido. Es decir, las recordaba, pero sin guardarle rencor. Repito que nunca me he dado cuenta exacta de aquella situación de espíritu: fué algo parecido á esa tristeza que les da á los gallegos cuando pasan mucho tiempo fuera de su tierra; pero mezclada, aunque yo no deba decirlo, con cierta bondad de alma que me impulsaba á disculpar y perdonar todo el mal recibido. En fin, que me planté en el pueblo.

—¿Pero no sabían allí cómo vives y de qué vives? ¿No pensaste que podían avergonzarte y...

—Claro que lo sabían todo: si rara vez viene á Madrid alguno del pueblo que no se presente en mi casa á pedirme algo. Donde me ves, he hecho á mi lugar más favores que un diputado; casi me dan ganas de llamarle mi distrito. En cuanto á que me recibiesen mal, no había miedo. Yendo á mendigar, tal vez; con las manos llenas de regalos... ¡quía!

—¿Y tuvieron la poca...

—Fuí sencillamente vestida, con un traje de lanilla gris sin adornos; pero como soy tan aturdida, se me olvidó quitarme de las orejas estos solitarios; llevé un saquillo de mano con guarniciones de plata, paraguas con puño de oro; en fin, no había más que verme para comprender que no les iba á pedir nada. En la estación del ferrocarril no me conoció nadie; al atravesar la plaza, oí tres ó cuatro voces que dijeron con asombro: ¡Nicolasa! ¡Nicolasa! y luego observé que á larga distancia me fueron siguiendo dos muchachas de mi tiempo, una con un chico en brazos... y, mira, aquella me dió envidia.

—Sí te daría.

—Llegué á mi casa. Imagina la sorpresa. Pasado el primer instante de estupor, mi madre me cubrió de besos, mi padrastro lloró de ternura, Inesilla me cogió el saco de mano y comenzó á darle vueltas. —¡Ave María Purísima!

—La chica era guapa, una real moza, fresca, garbosa, con cada ojazo, y ¡un pelo más hermoso! Lo que se llama una gran mujer. La fisonomía dura, el gesto serio, la sonrisa desdefiosa; pero en conjunto un prodigio de lozanía y de... en fin, lo que es una flor antes de que nadie la manosee.

—¿Y qué pasó?

—Pues nada, que saqué los regalos: dos cortes de vestido para ellas, dos piezas de lienzo blanco para mi madre, unos pendientes de coral para la chica, una petaca y una cadena de plata para él, todo lo que llevaba... Me dieron el mejor cuarto de la casa, no me preguntaron palabra de cómo ni de qué vivía y me trataron lo mejor que pudieron.

—¿Y fué gente del pueblo á verte? ¿Y qué les decían?

—¡Ya lo creo! Mi padrastro les dijo que estaba de aya de una señorita en casa de un título. Total, que pasé allí tres días magníficos, completamente feliz, sin tener que aguantar á los que aquí no me dejais en paz, con una alcoba [para mí sola], y al volverme les di á los papás 6.000 reales para un par de mulas.

—Pues, chica, hasta ahora no veo el rasgo hermoso de que hablabas.

—Eso fué en el momento mismo de separarme de ellos. No quise que me acompañasen á la estación. Estábamos en el zaguán: mi padrastro mirando por centésima vez la petaca de plata, mi madre llorando, Inesilla atándome un manojo de flores campestres, yo con

los ojos preñados de lágrimas, cuando de pronto mi padrastro me cogió por la mano y, guiándome hasta el fondo del comedor, cerró tras sí la puerta, dejando entrar á madre; Inesilla se quedó fuera. Pensé para mis adentros que querían otro par de mulas.

—¿Y qué era?

—¡Lo increíble! No ignorando, como no ignoraba ninguno de ellos, cuál es mi vida, mi padrastro, en presencia de mi madre, con su aprobación y moviendo la cabeza hacia donde estaba Inesilla, me dijo: «Anda, Nicolasa, ya que tú has hecho suerte, ¿por qué no te llevas á la chica?»

—¡Qué atrocidad!

—¡Figúrate! Yo que había ido al pueblo á tomar un baño de honradez. ¡Mira, hubo un momento en que dudé! Aquella falta de dignidad moral, aquel rebajamiento, me trajeron de un solo golpe á la memoria toda la amargura de mi niñez, todos mis sufrimientos. No creas que es exageración: se me renovaron de repente el dolor y la vergüenza de todos los golpes que había recibido en aquella casa; me acordé del último día que pasé allí; creí verme tumbada en el jergón, mientras Inesilla se gozaba en mi daño; su voz cruel y burlesca pareció resonar en mis oídos, y, claro está, con los recuerdos volvió el rencor y con el rencor el deseo de venganza. ¡Y qué venganza la que se me venía á las manos! Traerme á Madrid la chica... ¡Figúrate!

—¿Y qué hiciste?

—Sin duda me inspiró Dios. Les miré de un modo que no debieron de comprender, y saliendo al zaguán les dije: «Quiero creer



que no saben ustedes lo que piden.» En seguida, limpia de odio, besé á Inesilla y me volví á Madrid sin rencor y sin ilusiones.

—¡Lo creo!

—Eso hizo esta Elvira que tienes delante, eso me pasó, y, sin embargo, te lo juro por la salud de mi alma, seré una imbécil, pero algunos días, cuando tengo más dinero, cuando creo que estoy más alegre, de repente se me olvida que estoy haciendo de Elvira... y me pongo Nicolasa.

Facinto Octavio Picón.

LA BALANZA

—Inútilmente por vivir me afano;
no hay porvenir tan negro como el mío.
Una limosna, por piedad, hermano,
que me siento morir de hambre y de frío.

—¿Cómo así? Tú eres hombre, eres robusto...
No debo socorrerte, pues sería
una inmoralidad, porque es muy grato
que trabajes cual yo, día tras día.

Yo nací de la nada; no he logrado
saber en dónde. Débil, sin apoyo,

me encontré en la niñez abandonado,
sin casa y sin abrigo: en el arroyo.

Y dije para mí: «No tengo nombre;
de mí propio á merced mi vida entregan...
Pues ¡ánimo! ¡á luchar! ¿Quién soy? ¡Un hombre!
Llevar podré donde los hombres llegan.»

Fijo en el porvenir mi ánimo fuerte,
sintiendo de la fe la llama viva,
sin temer los embates de la suerte,
«¡Más arriba, gritaba; más arriba!»

Si caigo... aun el que muere en desventura
fijo un lugar del cementerio tiene,
que siempre dan al pobre sepultura

la caridad de acuerdo con la higiene.

Sin mirar nunca atrás, siempre ascendía;
hallé tras la tormenta la bonanza
y vi que, tras la lucha, parecía
mayor la realidad que la esperanza.

—Yo, señor, he nacido en noble cuna.
Sin temer de la suerte los azares,
creyendo inagotable mi fortuna,
me compré los placeres á millares.

El oro nunca distinguió del cobre;
no supe ni contar...

—Ya me lo explico:
por haber sido rico, es usted pobre;
por haber sido pobre, soy yo rico.

José Estremera.

★

LOS CHULOS EN EL CONCIERTO

—Córrete un poco, Manolo.

—¡Si éste es mi asiento, Calixto!

—¿Estás bien?

—Si no me hincase
las rodillas el vecino
de atrás por el espinazo,
mejor que yo, ni el obispo.

—Pero ¿qué función es ésta?

—Yo no lo sé.

—Por lo visto,
too se vuelve sinfonía.

—¡Pues no nos han dao mal timo!

—Dicen que este es un concierto
destruimental manífico,
too de piezas eclesiásticas
y de autores encogidos.

—¡Que se cayen donde toca

la música del Hospicio!

¡Esa sí que tié pulmones
pa las polcas y los *hignos!*

—¿Pero oyes qué sonsc nete?

—Si es verdad lo que man dicho,
eso es el Ave María
de Bulldog.

—¡Anda! ¿En el circo?

¿Pues qué dejan pa la iglesia,
las coplas del Barberillo?

¡El Ave María! ¡Vamos!...

Y lo de enantes ¿qué ha sido?

MATILDE PRETEL



En la zarzuela *El rey que rabió*.

—Pue que fuera el Padre nuestro.

—Bueno, callemos el pico,
que hay quien gruñe porque hablamos
y me repudro muchismo.

—Pues yo voy á echar la siesta
tan y mientras dan principio
á la comedia ó al dracma.

—¿Sí? ¡Fácil es, con el pisto
manchego que están armando
los vigulines malditos!

—¿Sabes qué es eso que tocan,
según dice ahí un amigo?

«La abertura de Clopatra.»

—¿Y quién es Clopatra?

—Un pingo
debe ser. (*La orquesta llega
al crescendo famosísimo
de la overtura*)

—¡Eh! ¡Ya basta!

¿Dónde vais con tanto ruido?

—Callate, que es un crescente
lo que tocan.

—¿Quién lo ha dicho?

—El gachó de al lao, que sabe
de solfa más que Lepijo.

—Mira qué vecina tengo
pegada á mí.

—Te la envidio

—Yo me insinudo con ella.

—No metas la pata, chico,
que te está mirando el tigre
que la trae... ¿Quiés un pitillo?

—Ni en el tranvía, ni aquí
se fuma.

—¿Y cuándo salimos?

—Cuando acabe la *tocata*.

—¡Cudiao que eres atrevido!

—¿Te apuestas á que no empiezan
hoy la comedia ni á tiros?

—Me se antoja que á este paso

vá á ser el día del juicio

cuando bajen los violones

á tocar donde es debido.

—Miá no se queden arriba...

—Por si acaso, alza, Calixto;

vamos á Apolo, que allí

ca cual trabaja en su sitio.

Juan Pérez Súniga.

Aviso.

Puesto que en los días santos
son pecados los placeres
más pequeños, las mujeres
deben tapar sus encantos.

Tú, que eres una muchacha
que á todas en hermosura
da tres y raya, procura
presentarte hecha una facha,

para que mis intenciones
no resulten inmorales.
De manera que, si sales
á correr las estaciones,
no vayas, por Dios, Irene,
con la mantilla española
porque si te encuentro sola,
te beso... ¡aunque me condenel!

Sinesio Delgado.

★

CHISMES Y CUENTOS.

Efectivamente, como habíamos anunciado, con monos y todo, la prohibición de fumar en el interior de los coches tranvías está dando maravillosos resultados.

Porque ¡ay! es una de las pocas disposiciones que se cumplen al pie de la letra. Y ve usted un coche vacío, manda parar, y... no puede usted penetrar en el coche, porque las plataformas están atestadas materialmente.

Como aquí fuma todo el mundo...

Un año entero ha estado el Sr. Silva abrasándonos con telegramas de Lisboa anunciando que la insurrección del Brasil estaba á punto de terminarse con la rendición de Peixoto, para lo cual se apoyaba en tales y cuales pruebas.

Gracias á Dios, porque ya era hora, ha terminado la insurrección efectivamente.

Pero no como decía el Sr. Silva... sino con la rendición de los insurrectos.

Conque ¡métese usted á profeta otra vez!

¿Qué dirán ustedes
que es lo que ha inventao
el Ayuntamiento
el año pasado?

Es decir, no sé si ha sido el año pasado ó éste, porque los acuerdos del Ayuntamiento que revientan á los vecinos no se sabe cuándo los toma. Pero el caso es que lo que ha *inventao* recientemente es una nueva contribución sobre el gas, que viene á pesar directamente ¡ya se sabe! sobre la industria, que es la que aquí está pidiendo á voz en cuello que le den la puntilla.

Estos señores concejales son de oro.

¿Se trata de hacer algún beneficio á la población?

No se reúnen ó no se ponen de acuerdo.

¿Se trata de sacar dinero de cualquier parte?

Pues lo votan de prisa y corriendo, y á vivir tropa.

La culpa no la tienen ellos verdaderamente.

Sino quien los elige.

A pesar de que me quiere,
salgo perdiendo con ella:
¡me dió ayer todo su amor
y me quitó tres pesetas!

¿Que juega con tu honor? Es poca cosa.
¡Lo más grave es que juega con tu esposa!

ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ.

Habéis de saber, oh ciudadanos libres, que ya tenéis ministros nuevos para lo que gustéis mandar.

Que no lo harán seguramente.

Pero con tan fausto motivo hará á su debido tiempo las correspondientes declaraciones la Junta de clases pasivas y disfrutarán los interesados un haber de siete quinientas anuales cada uno mientras les dure la vida, que ojalá sea un siglo.

De modo que, tal vez antes de que el sultán acabe de pagar la indemnización, puede ser que la hayamos gastado nosotros en arreglos del gabinete.

Sólo un cofre han heredado
Rosa y su primo Facundo,
y asegura el desdichado
que es dueño de medio munao.

PASCUAL MONTAGUT.

Libros:

Acaba de publicarse la octava edición española de la novela de Emilio Zola *Una página de amor*, que es, á no dudar, la más interesante de cuantas ha escrito este popular autor. Se vende en todas las buenas librerías al precio de 3 pesetas.

El libro de El Nervión, notable álbum publicado por nuestro distinguido colega bilbaíno, y en el cual colaboran con artículos y poesías los más nombrados escritores, y con dibujos los mejores dibujantes.

¡Recontra, qué nocheical se titula el primer folleto de la serie de *Cuentos de rechupete*, y es un gracioso artículo de D. Eduardo Carqué de la Parra. Cuesta 10 céntimos.

La biblioteca de *El Folletín* ha publicado la interesante novela de Alejandro Dumas titulada *Veinte años después*, continuación de *Los Tres Mosqueteros*, en dos tomos, que reúnen 854 páginas. Precio, 3 pesetas.

Los que se suscriban á la biblioteca, recibirán esa obra, como todas las de la casa, con el 40 por 100 de rebaja, y así les saldrá por 1,80, baratura nunca vista ni en España ni en el extranjero.

La responsabilidad en las histéricas, discurso leído en la sesión inaugural de la Academia de Medicina de Granada, por el Dr. D. A. Velázquez de Castro.

La Calores ó el niño bonito, parodia de la comedia *Nieves*, original de D. Enrique Ayuso y D. Bartolomé Ferrer Bittini, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

Revista española. Hemos recibido el primer número de esta interesante publicación, llamada á adquirir gran importancia, por la calidad de sus trabajos. Precio de cada número, 50 céntimos.

Amar á oscuras, interesante novela del fecundo y notable escritor don Eduardo Zamacois. Precio, 1,50 pesetas.

Cupón de exterior, juguete cómico en un acto y en prosa, original de don Fernando Vidal y D. Ricardo Rivero, estrenado con gran éxito en el Teatro Martín.

La contradicción política, por A. Zozaya; forma el volumen LXVII de la biblioteca económica filosófica que se publica con aceptación grande y merecida. Precio, 50 céntimos.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España los días 6 y 11 del corriente.

Para ser elegante, por la duquesa Laureana, será leído con agrado por todas las lectoras de *Para ser amada*. La casa editorial de Bailly-Bailliére é Hijos acaba de publicar esta obra con el mismo esmero que la anterior. Creemos prestar un servicio de valía al bello sexo señalando á nuestra numerosa clientela femenina este libro útil y encantador, cuyo título solamente convida á su lectura. Precio: en rústica, 3 pesetas; encuadernado, 3,50.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. B. F.—Tienen el defecto de que, á todo tirar, interesarán á Marfa exclusivamente.

Perro chico.—El romance es pedestre, cosa que sienta mal á los romances. En efecto, la letra es endiablada...

Don Cecino.—Alguno se podrá aprovechar si los envía usted de nuevo con su firma

Tibulo.—No están mal los versos; el asunto es el que no vale la pena. Sr. D. C. A.—Valencia.—Es bastante mediana la composición, por lo cual no puedo complacerle.

Palimpsesto.—Y si no hace usted más que majaderías, ¿qué culpa tengo yo? ¿Es que cree usted que, á fuerza de mandar mucho, va usted á colar algo?

Sr. D. F. J. de M.—Sevilla.—De la primera época no quedan ejemplares, ordinarios ni extraordinarios. En la segunda se han publicado once almanagues y un extraordinario á 50 céntimos y tres extraordinarios á 15.

P. P. K. ña.—Poquito, pero medianito. Sr. D. M. R. R.—Particularmente no he contestado á usted, pero en general sí, pues he tenido el honor de decir muchas veces que amorosa que acaba en puntapié ó paliza del padre es cosa mandada retirar.

Sr. D. R. C.—Si no fuera tan larga, pero ¡ay! ocuparía demasiado. *Yep*.—Viejo el cuento, y más que viejo atrevido como él solo. ¡Como que es pornográfico completamente!

Quisicosilla.—No está mal hecho. Pero hace mucho tiempo que no se usan velas, en Madrid por lo menos.

Sr. D. V. P.—¡Caramba! No me acaba de gustar ahora tampoco. A. N. O.—Empieza usted «Tengo una vecina...» y ¡claro! eso de las vecinas se presta á la vulgaridad lastimosamente.

Crispulin.—De la cual peca eso también un poquito. *Razón*.—¡Cielos! ¡Otra vez la suegra! *Quevedo*.—Mediana, y fíjese usted en que el verso «Todos advirtieron ya tus tretas» es cojo... considerado como endecasílabo.

Il dottor Zimbriano.—No está mal pensado ni está mal medido, pero el chiste pierde por ser diluido.

Sr. D. A. C.—Los pensamientos tienen poca miga; y lo demás, como usted comprenderá, no es de la índole del periódico.

Mintar.—Tampoco esta vez... Pero, en fin, con paciencia se gana el cielo.

Sr. D. R. V.—Pero, hombre, si eso no es soneto, ni se parece á los sonetos más que en que tiene catorce versos; que ni aconsonantan, como deben, ni tienen once sílabas cada uno, como era menester. Además, ya no se debe dedicar cosa alguna á los héroes de Melilla, que bastante desgracia han tenido los pobres.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha. Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.

